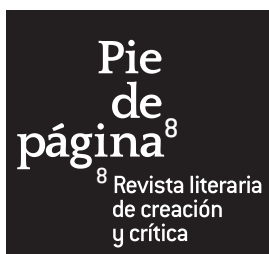


246



Christian Rivera:

"Como fui muy pequeño a vivir a Guayaquil, a pesar de ser serrano de nacimiento, nunca había visto un queso de hoja hasta que tuve diez años. La primera vez que lo vi estuve convencido que ese queso se daba en los árboles".



8 / Guayaquil
I semestre 2022
ISSN 2631-2824

Las inocencias: inventar

Glenda Rosero Andrade

247

En ocasiones, cuando veo a mis hijos, me imagino cómo sería yo jugando junto a ellos: pequeña de pelos despeinados, desenfadada en el vestir, con la única gana de inventarme un mundo y que nadie me saque de él. ¿En qué momento salí de ese mundo sin darme cuenta?

*

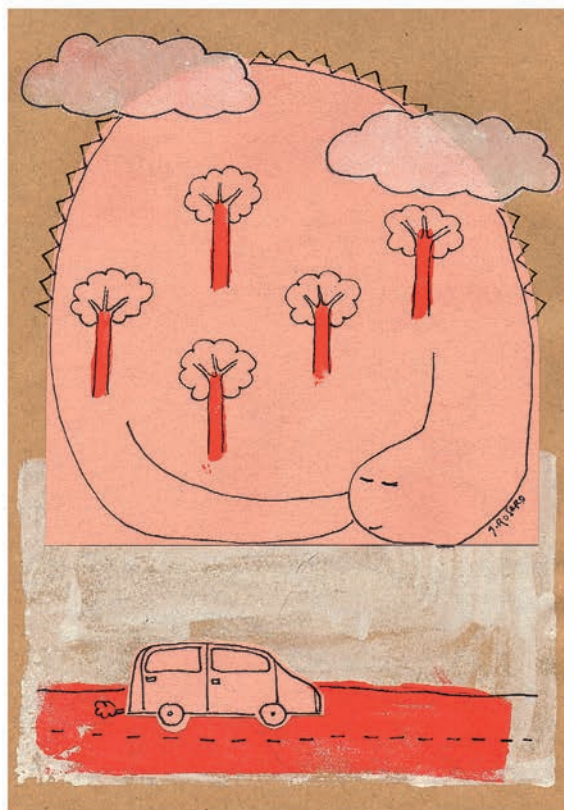
Mi hijo me suele decir que no quiere crecer.

Que es imposible de detener, le digo.

Que tiene sus ventajas.

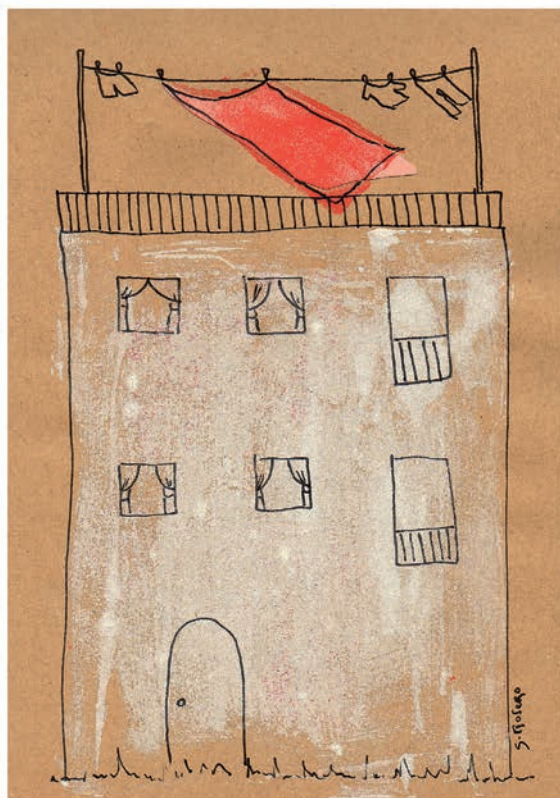
Miento.

248



Gustavo Landázuri:

"Recuerdo que creía que muchas de las montañas eran dinosaurios que, después de su muerte, se fueron cubriendo de tierra y vegetación a través de miles de años. Cada vez que viajaba con mis papás, buscaba a través de la ventana del auto, estos perfiles en los paisajes montañosos que pasábamos".



249

Nixon Córdova:

"A mis ocho años, estaba convencido que con una toalla atada al cuello podía volar así que una tarde decidí probarlo. De no ser por Marisol, una prima de mi edad que me detuvo para impedir mi salto desde un tercer piso, esa tarde habría cambiado mi destino. Hubiera demostrado que podía volar".

*

Mientras cruzaba mi adolescencia, leí *El principito* —como la mayoría— y estaba segura de haber podido tener una conversación emocionante con él en medio del Sahara; desaprobé la falta de imaginación del piloto, desaprobé su falta de niñez. Hasta ahora me gusta preguntar sobre los sueños y la infancia. Son mis preguntas recurrentes e importantes para conocer gente y, al mismo tiempo, son las menos interesantes para el interlocutor adulto. Me gusta imaginarnos niños, despojarnos de la postura adulta.

*

Amo ver a mi hija llorar por un caramelo.

Todo se resuelve con un caramelo.

La felicidad es un caramelo.

250

*

Para escribir debo optar por la postura adulta. Me toca.

*

En junio del 2020 publiqué por primera vez un proyecto digital que nació en medio de la angustia por el encierro y la incertidumbre de la pandemia: *Las inocencias*. Los contenidos surgieron a partir de conversaciones fortuitas con amistades, en el intento de evadir las cuatro paredes, mientras la línea difusa entre el teletrabajo y las tareas domésticas hacía del día una labor pesada. Para mí era imprescindible mirar al interior, volver a un atrás donde los pesos eran distintos, donde la carga liviana permitía que el tiempo pasara más lento y que me alcanzara el día.

En esa evasiva fugaz me inventé *Las inocencias*. Quería escuchar a mis amistades y conocidos cercanos sobre aquello que

daban por real en su niñez. Esa inverosimilitud que les permitía entender el mundo o, mejor dicho, crear uno y habitarlo para después desplazarse al exilio de la racionalidad. Entonces me di a la tarea de inventarme también una convocatoria-invitación, unas bases de participación y una estrategia de publicación. Así no más: inventar.

*

Mis hijos esperan con emoción el Día del Niño porque les toca regalo.

Sergio tiene 13 años y me pregunta si todavía puede celebrar.

Supongo que sí.

Qué bonito es celebrarse niño.

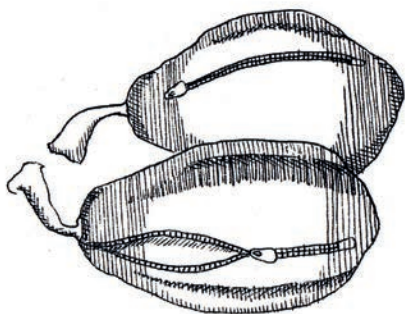
*

La convocatoria-invitación la extendí a inicios de mayo con la promesa de ilustrar lo que me cuenten: en no más de 50 palabras debían relatarme aquella irre realidad que daban como cierto cuando eran pequeños. Yo lo único que quería era dibujar y enternecerme con fantasías que un día, dentro de un mundo, fueron reales; quería ver otra realidad con otros ojos. Quería escucharlos niños y pensarlos niños. Resultó.

Durante el mes de junio, con el Día Internacional del Niño como pretexto, publiqué en mis redes sociales la primera *Inocencia*: un dibujo de una serie de ellos que pudiesen resultar tan inverosímiles como la narración y que, sobre todo, tuviese el efecto sorpresa para quien me compartió un poco de su recuerdo ya que, ese mismo día, sería la primera vez que viese la imagen. A esa primera publicación se le sumaron 33 más, una por día y de diferentes participantes, durante todo el mes.

Los textos resultaron un desafío: montañas que eran dinosaurios dormidos, semillas que crecían en los estómagos, lunas caminantes y camas voladoras son solamente una muestra de lo que puede ser el mundo cuando no cabe aún la razón —o cuando cabe una razón desde una perspectiva distinta a la de un adulto—. No me quiero poner Principita. Cierre de la primera edición.

252



La frutera

Yo creía que las papayas venían con unas rayitas. Aquí en mi casa, mi mamá: papaya que llegaba, papaya a la que le hacía unas rayas para madurarlas; pero yo no sabía que era ella quien les hacía eso. Yo pensaba que todas las papayas traían rayitas y la primera vez que fui a un campo y vi unas sin rayas creía que estaban mal hechas.

Ángela Arboleda

*

Me gusta meterme a las librerías y mirar en silencio.

En la sección infantil hay tesoros.

Encontré un tesoro: el *Orbis sensualium pictus*.

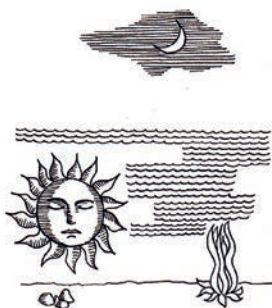
Es un texto infantil pero no es infantil. Es un tesoro.

*

En junio del año 2021 repetí la dosis y la llamé *Inocencias Segunda Edición*. Durante el año anterior ya me había inventado la convocatoria-invitación, las bases de participación y la estrategia de publicación. Esto no podía quedar así; algo más había que inventar: mi propio *Orbis sensualium pictus*. Antes de seguir, debo hacer una pausa para comentar de qué va este texto: data del siglo XVII y es el primer libro ilustrado para niños que muestra imágenes de las cosas, la fauna y la flora, con una descripción detallada de lo representado. Es el mundo real dibujado.

253

Para esta nueva edición debía inventarme también mi propio desafío, así que me apropié del estilo de las ilustraciones de la publicación original y dibujé las mías, dotando a cada uno de los 32 participantes de una profesión u oficio según el relato que me compartieron, sin importar si ahora —en su adultez— tienen una actividad distinta a la que yo les asigné. ¿Sí ven? Hasta las labores me les invento. Así no más: inventar.



254

La astrónoma

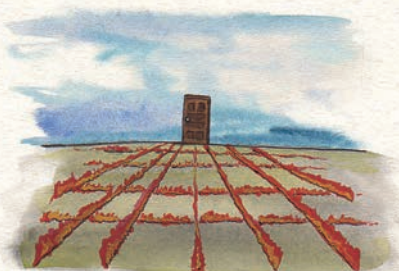
Cuando era niña, mi papá, que en muchas cosas se parece a mí, mi papá con quien no he hablado en unos veinte años, miraba conmigo la caída del sol, con su mirada melancólica parecida a la mía, y me decía que se estaba yendo a dormir. Yo le preguntaba cómo hacía el sol para hundirse en el mar y no apagarse, y él me decía que se apagaba solo un rato, lo que durara la noche, para poder descansar y que al salir de nuevo en la mañana tuviera otra vez fuerzas para calentarnos. Yo imaginaba al sol en el fondo del mar, durmiendo, y me daba un poco de pena su soledad.

Daniela Alcívar



Si tuviera que mencionar algo que llamó mucho mi atención en ambas ediciones sería el haberme encontrado con adultos que nacieron adultos. Los pilotos de este desierto que, de la manera más amable, me contestaron que no recordaban su infancia, que están seguros de no haber tenido ninguna inocencia. Niños pilotos que me decían no encontrar al cordero dentro de la caja. Desde aquello no dejo de imaginarme cómo serían de pequeños cada vez que me los encuentro. Cierre de la segunda edición.

Inocencia N° 14



Captionem ad inferos

Captionem ad inferos.-

Cuando era niña pensaba que las líneas que están en las veredas, que dividen las placas de cemento, eran puertas al infierno y que si las pisaba me iba a caer directo hacia él. Entonces cada vez que caminaba por las veredas, lo hacía saltándolas. Hasta hoy, a veces recuerdo eso y evito pisarlas.

Isbelh Lara

*

Mi hija Amelia tiene ocho años.

Le pregunto si tiene una *Inocencia*.

Me dice que no.

Más tarde me pregunta —muy seria— si los pokemones existen.

*

256

Para el 2022 me propuse la tercera —y última— edición: un códice. Siempre me gustó la ilustración botánica y los paisajes de los exploradores de los siglos XVIII y XIX quienes, a falta de fotografía, pintaban y dibujaban *in situ* para mostrar un mundo a otro mundo. Yo quería hacer eso también: mostrar otro mundo. Recurrí a la misma forma de convocatoria solicitando a 30 participantes que me cuenten su inocencia y volví a ver con sus ojos. Qué desafío ver con los ojos de otro, aún más cuando ese otro me comparte relatos de cuando era un otrito.

Una vez más estuve al tope de relatos asombrosos. Ojos con monstruos, casas vivientes y cielos que se alcanzan con las manos dan cuenta de la riqueza de la ficción cuando se cree en ella, cuando aún no se conoce otro escenario. También dan cuenta de la percepción de nuestro alrededor a través de la intuición en donde, cuando somos niños, la imaginación es como un sombrero de mago que sorprende con cada cosa que sale. ¿Cómo cabe tanto en ella? ¿Qué más va a salir de ahí?

Inocencia N°30



Informis mulier

Informis mulier-

En casa de mis padres llegaba el periódico todos los días. Una noche leí en una página "ya viene la MUJER SIN ROSTRO". Durante dos semanas veía los noticieros junto a mi papá, asustada, esperando que hablen de la temida MUJER SIN ROSTRO. Yo moría de miedo. Nunca dijeron nada: con el tiempo me enteré que era sólo la publicidad de una telenovela venezolana.

Glenda Rosero

Cada edición ha tenido su dificultad; una de ellas fue prohibirme la literalidad en la ilustración. Hacer tanto esfuerzo para caer en el facilismo de la narración visual no cabía. Quería abrazar al texto con su imagen y representar lo irreal con la menor cantidad de elementos posibles, pero esas ya son cosas mías; desafíos técnicos del lenguaje visual, le llaman. Cualquier dificultad valió la pena por darme la oportunidad de meterme en más de 90 cabezas distintas. Les confieso que me gusta el silencio y la introspección, así que disfruté el ingreso reflexivo a mundos ajenos. Agradecida quedo por recibir esos mundos y permitirme dibujarlos.

*

258

Mi hija ve las ilustraciones de las inocencias encima de mi mesa de
/ trabajo.

«¿Qué es esto? ¿Qué se imaginaron aquí?», me dice.

«Es una chica que pensaba que en los hospitales atendían a las
/ zanahorias», le digo.

«Qué loca», me contesta. Se sube a mi cama y se sumerge en una
/ conversación con su peluche.

«Qué loca», le digo.

*

Cuando me preguntaron por qué esta edición sería la última, contesté que ya quería inventar otras cosas. Cierre de la tercera edición. Fin.

Glenda Rosero Andrade

Artista multidisciplinar y madre. Licenciada en Artes Plásticas, Especialización Escultura Cerámica, UCE (2009). Tiene una maestría en Estudios del Arte, UCE (2016) y también es máster en Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana, Universidad de Barcelona (2019). En el año 2015 funda el Colectivo Dos Guaguas en el que explora la cotidianidad del oficio materno y los cuidados desde la perspectiva de la economía feminista. Sus intereses como artista giran en torno a la reflexión sobre lo cotidiano, la memoria de la acción diaria y la construcción del relato individual de voces anónimas. glemaros@hotmai.com

Portafolio digital:

<https://glemaros.wixsite.com/glendaroseroandrade>

<https://www.colectivodosguaguas.com/>